

**SANTOS ARCÁNGELES
MIGUEL, GABRIEL Y RAFAEL**

Fuente: www.sociedadnewman.org

Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael

Cor ad cor loquitur

En algunos sectores católicos está resurgiendo una antigua propuesta denominada "cuaresma de San Miguel". Algunos la asocian con la figura de san Francisco: cuarenta días dedicados a un intenso combate espiritual, procurando dar pasos significativos en el proceso de conversión. Durante este periodo se recurre de modo especial a la oración, la penitencia, y a la asistencia de los santos ángeles. Este itinerario ascético que habría de iniciar después de la fiesta de la Asunción, concluye precisamente con la fiesta de los santos Arcángeles. Esta propuesta podría representar para nosotros en medio del verano, que para muchos es tiempo de relajación y un cierto descuido, una oportunidad de vencer nuestra tendencia a una vida hedonista, centrada solo en nosotros mismos.

En todo caso, la celebración de la fiesta de los santos Miguel, Gabriel y Rafael, el 29 de septiembre de cada año, a unos cuantos días de la fiesta de los santos ángeles custodios –2 de octubre–, nos recuerda la importancia del trabajo sobre nosotros mismos, para ponernos en forma: en forma humana, en forma cristiana. Y nos ofrece, ciertamente, una oportunidad privilegiada para reflexionar en un elemento de la espiritualidad cristiana profundamente arraigado en la Tradición: la amorosa providencia de parte de Dios que ha dispuesto que sus ángeles nos acompañen y asistan a lo largo de nuestra vida, defendiéndonos de las acechanzas del demonio, ayudándonos a buscar y encontrar la voluntad de Dios, obteniéndonos de Él la salud, la luz y la fuerza para cumplir nuestra misión.

Los Santos se han distinguido por la viva conciencia de esas realidades espirituales, meta de nuestra peregrinación terrena, ante las cuales palidecen los colores más llamativos del universo. A esta luz han juzgado el presente, y obtenido el estímulo necesario para poner en escena respuestas audaces de caridad a las necesidades de su época. Pienso, por ejemplo, en un gran converso del siglo XIX, que llegaría más tarde a Cardenal de la Iglesia Católica y luego reconocido como santo y proclamado Doctor de la Iglesia, san John Henry Newman. Para él una conciencia cristiana despierta es aquella que nos permite estar en contacto permanente con el mundo invisible, con Dios, con los santos y con los ángeles, mensajeros de Dios y servidores de su voluntad.

A esto solo se llega mediante lo que la Biblia denomina "conversión". Newman no entendía la conversión como un mero cambio de hábitos y comportamiento, como

la entendía una buena parte del protestantismo de corte moralista de su época; él, en cambio, concebía la conversión ante todo como un cambio de pensamiento, una nueva mentalidad: una nueva forma de ver la realidad que da a la vida una orientación decisiva. Solo a partir de allí se comprende en profundidad el nuevo comportamiento que surge gracias a la conversión de la mente y el corazón. Se trata, en definitiva, de no reducir el mundo a lo que podemos ver, tocar, comprender, y dar el salto de este mundo visible al mundo real, en el que uno comienza a vivir a partir de entonces.

A sus 15 años Newman experimentó esa profunda transformación en su forma de ver la realidad –metanoia–. Estamos en el año de 1816, durante las vacaciones en el mes de agosto fue más conveniente que se quedara en la escuela dada la profunda crisis económica que se estaba viviendo en esos momentos en su familia. En esa época él deseaba ser virtuoso, pero no religioso, había algo en esta última idea que no le gustaba, ni tampoco comprendía el significado de amar a Dios¹. En ese periodo se sintió “aterrorizado al sentir la mano dura de Dios que había caído sobre él”. Estaba padeciendo la primera de las “tres grandes enfermedades” de su vida: “la primera de las terribles y agudas experiencias que viví, siendo un muchacho de quince años, que me llevó a tomarme en serio el cristianismo, con sufrimientos terribles, conocidos únicamente por Dios”². Setenta años después confesaba que “antes y después de agosto de 1816, resultaba difícil imaginar el cambio de identidad del muchacho; de manera que solo podía verse como otra persona”³. Hasta entonces no tenía ninguna convicción religiosa formada, sin embargo, después de la crisis “caí bajo la influencia de un Credo definido, y recibí en mi intelecto impresiones de un dogma, que con la misericordia de Dios, nunca han sido borradas ni se han oscurecido... me aisló de los objetos que me rodeaban, me confirmó en mi desconfianza de la realidad de los fenómenos materiales y concentró mis pensamientos en dos seres y solo dos seres absoluta y luminosamente evidentes: yo mismo y mi Creador”⁴. Tiempo después de este acontecimiento pudo percibir “la sabiduría y bondad de Dios”, que se valió de los problemas que habían caído sobre él para transformar de ese modo su forma de pensar y vivir⁵.

A partir de entonces su vida transcurrió en contacto con el mundo invisible, bajo la mirada de Dios y en compañía de los ángeles. Y a eso estamos llamados también nosotros. La Iglesia a través de su liturgia va presentando a nuestra consideración

¹ Escritos autobiográficos, p. 169)

² Ib., p. 150 y 268)

³ Cartas y diarios, v. XXXI, p. 31.

⁴ Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas, BAC, 2011, p. 5)

⁵ Escritos autobiográficos, p. 29 y 150.

diversos aspectos del misterio de nuestra fe. En la fiesta de los ángeles y de los arcángeles nos invita a contemplar en su perfección y belleza, algo de la perfección y belleza de su Creador. Conviene prestar un poco de atención y de esa reflexión sacar algunas luces que iluminen nuestra vida y misión, para ello podemos servirnos de algunos de los aspectos que la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia nos muestran respecto al misterio de los ángeles, que tanta importancia tienen en la vida de la Iglesia y cuya presencia fue tan fundamental tanto para san Francisco como para el Cardenal Newman.

Los ángeles son criaturas puramente espirituales, no corporales, dotadas de inteligencia y voluntad libre, y por tanto, seres personales e inmortales, que glorifican a Dios sin cesar. Su razón de ser es dar gloria a Dios en una incesante adoración. Adorar es reconocer a Dios como Dios, como Creador y Señor de todo lo que existe, como sentido último de toda existencia, como norma y medida del propio vivir. Implica la sumisión de la criatura al Creador. Pero esta sumisión no envilece ni anula a la criatura, porque brota de una profunda gratitud, brota de sentirse infinitamente amados por Dios, que es Amor. Por eso la adoración y la sumisión a Dios que implica se desarrollan como una incesante alabanza, pero sobre todo como amor. Adorar es amar. Y el amor es comunión entre las personas que se aman. Una intimidad profunda, que se expresa en diálogo constante y confianza plena. Y al mismo tiempo, comunión de pensamientos, de sentimientos, de voluntades. Lo esencial del amor es la unión de voluntades entre aquellos que se aman. Un mismo querer, y un mismo no querer. También la vida del hombre tiene esta razón de ser: adorar. En medio de la Segunda Guerra Mundial un sacerdote predicó: «El pan es necesario para el hombre, la libertad lo es aún más, pero lo más necesario de todo es la fidelidad constante y la adoración jamás traicionada» (Alfred Delp, jesuita alemán, asesinado por los Nazis).

Los ángeles son servidores y mensajeros de Dios, agentes de sus órdenes, atentos a la voz de su palabra (Sal 103). Toman parte, a su manera, en el gobierno de Dios sobre la creación. Y en este servicio a Dios se da en ellos una particularidad especial: viven siempre en la presencia de Dios, y cuando son enviados a una misión especial entre los hombres, nunca dejan de estar en la presencia divina. La atención a la misión no les impide ni distrae su vida en Dios. Su actividad nunca les hace salir de su unión con Dios. No hay separación entre contemplación y acción.

Al mismo tiempo, sirven a los seres humanos. Les está confiado un cuidado y solicitud especiales para con el hombre y la mujer. Así lo ha querido Dios. Así lo muestra la Sagrada Escritura. En ellos se ha expresado también la providencia divina. Desde su comienzo hasta la muerte, la vida humana está rodeada de su custodia y de

su intercesión. Cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida, decía san Basilio.

Pero el centro del ser y de la misión de los ángeles es Jesucristo. Son servidores de Dios y del hombre, pero muy especialmente de Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres. El centro del mundo de los ángeles es Cristo. Los ángeles le pertenecen. Le pertenecen porque fueron creados por Él y para Él (Col 1, 16). Le pertenecen más aún porque los ha hecho mensajeros de su designio de salvación. Desde la creación y a lo largo de toda la historia de la salvación, los encontramos anunciando de lejos o de cerca esa salvación y sirviendo a su realización: cierran el paraíso terrenal, protegen a Lot, salvan a Agar y a su hijo, detienen la mano de Abraham, la ley es comunicada por su ministerio, conducen el pueblo de Dios, anuncian nacimientos y vocaciones, asisten a los profetas...; finalmente, el ángel Gabriel anuncia el nacimiento del Precursor y el de Jesús. Luego, de la encarnación a la ascensión, la vida del Verbo encarnado está rodeada de la adoración y del servicio de los ángeles. Su cántico de alabanza en el nacimiento de Cristo no ha cesado de resonar en la alabanza de la Iglesia. Protegen la infancia de Jesús, sirven a Jesús en el desierto, lo reconfortan en la agonía; los ángeles "evangelizan" anunciando la resurrección de Cristo; y con ocasión de la segunda venida de Cristo, que será anunciada por los ángeles, éstos estarán presentes al servicio del juicio del Señor.

Porque su centro es Cristo, los ángeles tienen un papel especial en la vida de la Iglesia. El libro del Apocalipsis presenta a Miguel y a sus ángeles trabando una gran batalla contra el dragón y los suyos, contra el enemigo de Dios, el príncipe de la mentira, al que extravía a los hombres y los hace morir (c. 12). Los ángeles están implicados en la lucha de Cristo y la Iglesia contra las fuerzas del mal y toman parte en su victoria final. Toda la vida de la Iglesia se beneficia de la ayuda misteriosa y poderosa de los ángeles. En la Eucaristía, la Iglesia se une a los ángeles para adorar al Dios tres veces santo.

Todos estos aspectos encierran para nosotros orientaciones muy importantes para nuestra vida y trabajo. En la vida de los santos encontramos el testimonio luminoso de una existencia que ha puesto en escena estas lecciones aprendidas a través de la contemplación, la oración, el estudio sincero, la fidelidad a la conciencia y el esfuerzo por adecuar la propia persona a la verdad conocida. Sus vidas han estado totalmente consagrada a Dios. Lo más importante para ellos fue Dios: conocerlo, amarlo, adorarlo y servirlo haciendo su voluntad, ser adoración viviente, don que transforma el mundo y lo restituye a Dios.

Lo podemos decir de san Francisco, de san John Henry o de cualquiera de los santos: conoció el amor de Dios y creyó en él. Por eso hizo de su vida un servicio a Dios y a los hombres, desde el celibato o el matrimonio, según la llamada de cada uno, desde la paternidad o maternidad, física o espiritual, en la formación y acompañamiento de las personas, a través de las obras de caridad, y del trabajo bien hecho. El centro de su vida fue Jesucristo, a quien entregaron todo su corazón, toda su capacidad de amar, toda su persona, su vida, su tiempo. El amor a Él dio unidad a su vida: las ocupaciones y problemas que tuvieron que afrontar no les impedían esa atención amorosa a Dios. Por esta razón amaron mucho a la Iglesia y sufrieron por los males que veía en ella, aportándole la ayuda que necesitaba: trabajar en ser santos y en formar santos.

Hoy más que nunca debemos imitar el ejemplo de tan insigne testigo de la fe, que con su vida nos muestran lo que significa la primacía de Dios y la presencia en nuestra vida diaria del mundo invisible, que es más real que todo el conjunto de cosas materiales con las que convivimos todos los días. El recuerdo de los santos Ángeles y de los santos que creyeron y recurrieron a ellos, nos enseña la primacía de Dios, de su amor, de su presencia; y nos enseña a vivir con Él y con todos sus amigos del cielo y de la tierra. Invoquemos la protección e imitemos las lecciones que nos dan estos mensajeros divinos, seres espirituales y amigos nuestros. No dudemos pedir su ayuda en todo aquello que necesitamos para que Dios sea el centro de nuestra vida y corazón.

Un mundo que experimenta la tentación de vivir sumergido en la inmanencia, exige de nosotros una ventana abierta hacia Dios, a través de la cual entre aunque sea un poco la luz de la eternidad. Para pedir esa gracia, podemos hacer nuestra una oración muy conocida de san John Henry Newman: *"Mientras tu poder me bendice, estoy seguro que me continuará guiando, entre páramos y pantanos, entre las peñas y torrentes, mientras la noche pasa; y con el amanecer aparece el rostro sonriente de los ángeles, el cual siempre me ha atraído, y del que por un tiempo me perdí. Guíame, luz amable, entre las tiemblas espesas, ¡Guíame Tú! La noche es oscura y yo estoy lejos de casa, ¡Guíame! No pido ver la escena distante, me basta el siguiente paso"* (Lead, Kindly Light).

Pidamos a los santos ángeles y Arcángeles que nos alcancen la gracia de seguir la Luz Amable de la verdad allí a donde ésta nos conduzca, como hizo el santo Cardenal Newman.



SOCIEDAD DE SAN JOHN HENRY NEWMAN